

que del Liceo y la Academia de Atenas fueron despojados de sus plátanos, con los cuales se construyeron máquinas de sitio y arietes. A pesar de la energía del romano, á quien resistía Arquelao con habilidad y perseverancia, y á pesar de la victoria, difícil pero brillante, que había conseguido sobre un cuerpo de ejército asiático conducido por Dromicetes, con el cual Arquelao había intentado librar una batalla al pié de los muros del Pireo, no pudo Sila adelantar nada, porque su enemigo tenía libres las comunicaciones por mar. La tentativa que, en el invierno de 87 á 86, hizo el legado de Sila, Lucio Licinio Láculo, para adquirir de los aliados en las comarcas griegas de Oriente, especialmente en Alejandría, algunos buques de guerra, fracasó por completo porque los fieles rodios ninguno tenían que ofrecerle, y la corte de los Lágidas, que creía decadente el poder romano, se excusó manteniéndose á la expectativa. Cuando al comenzar el año 86 el tiempo permitió dar mayor campo á las operaciones, se dió un nuevo asalto al Pireo, pero este segundo asalto no fué mas afortunado que el primero. Entonces Sila decidió convertir el sitio en bloqueo y dirigirse con todas sus fuerzas hácia Atenas. La espantosa tiranía de Aristion y el hambre que cada vez se iba dejando sentir mas, fueron poco á poco aniquilando las fuerzas de los atenienses; pero como el sanguinario adepto de Mitridates no quiso someterse á una rendición incondicional, los romanos tomaron la ciudad por asalto durante la noche del 1.º de marzo del año 86. La matanza y el saqueo duraron por espacio de muchas horas, hasta que Sila, á ruegos de la nobleza asiática que había en su campamento, concedió gracia á los atenienses. El único incendio de importancia que hubo en la ciudad fué debido á Aristion, quien, en su fuga hácia la Acrópolis, pegó fuego al Odeon de Pericles, para que los romanos no pudiesen utilizar su maderamen para máquinas de guerra. Algunos dias mas tarde el infame tirano hubo de rendir la ciudadela por falta de agua, siendo condenados á muerte él y los principales jefes del levantamiento.

Atenas se encontraba, pues, de nuevo en poder de los romanos, pero no habían mejorado gran cosa los asuntos de Sila. Arquelao seguía defendiendo con la misma perseverancia el Pireo: además, de Macedonia habían salido grandes masas de asiáticos en direccion al teatro de la guerra; pero lo peor de todo era que desde hacia algunas semanas se había derrumbado en Roma todo el edificio del poder de los optimates, y que una nueva y terrible revolucion democrática había elevado al gobierno en Italia á los enemigos de Sila y había quitado á éste toda esperanza de recibir refuerzos de la patria.

VIII.—LEVANTAMIENTO DEL ANCIANO MARIO Y DE CINNA CONTRA EL SENADO. CRUELES HECHOS LLEVADOS Á CABO POR MARIO EN ROMA.

La política de Cinna, desterrado de Roma por Octavio, se había atraído á la causa de éste y á la del partido popular á todos los itálicos descontentos; y como el Senado vencedor no pensaba en arrojar de Italia á los nuevos fugitivos, Cinna y sus partidarios tuvieron tiempo suficiente para hacer grandes preparativos contra el gobierno de los optimates. El peligroso ejemplo dado anteriormente por Sila ejerció una influencia desastrosa. Los últimos temores de los romanos en decidir las luchas de partido por medio de la guerra civil habían desaparecido desde la expedición de Sila contra Roma que terminó con el combate del mercado esquilino. La era de las guerras intestinas había comenzado: estaba abierto el camino que debía conducir á la batalla de Actium. Cinna y sus partidarios pudieron visitar libremente los prin-

cipales lugares de los nuevos ciudadanos itálicos, llevar á su ánimo el entusiasmo, como representantes de su causa, aprestar en todas partes tropas y dinero, y por último, ganar con dádivas y arengas el ejército que se encontraba delante de Nola, el cual reconoció como cónsul á Cinna, destituido anticonstitucionalmente, y fué el centro en torno del cual se reunieron los contingentes de toda la Italia. Mientras este ejército comenzaba á ponerse en marcha hácia Roma, se juntaron á él las tropas que conducía Mario. El anciano héroe de Aquæ Sextiæ y Vercelæ, despues de haber sido desterrado por Sila, había huido á Ostia, desembarcado en Campania despues de una mala travesía, sido descubierto por sus perseguidores en los pantanos de la desembocadura del Liris y conducido á Minturno. El verdugo de la ciudad, esclavo cimbrío, debía asesinarle en la cárcel; pero cuando el siervo germánico, aterrizado por la ardiente mirada y por las enérgicas palabras del anciano héroe, arrojó la espada y declaró en alta voz que no podía matar á Cayo Mario, los gobernantes de la ciudad experimentaron un fuerte sentimiento de vergüenza y decidieron salvar al que en otra ocasion había salvado á la nacion, proporcionándole los medios necesarios para huir hácia Enaria (Ischia). Reunido con los demás fugitivos romanos, intentó en vano Mario refugiarse primero en Sicilia y luego en las yermas ruinas de la antigua Cartago. Arrojadados de todas partes por los funcionarios romanos, invernaron (88 á 87) en las comarcas costaneras de la Numidia, hasta que les privó de este asilo la traicion del rey Hiempsal II, hijo de Gauda, y se vieron obligados á refugiarse en la pequeña isla de Kercina, en donde recibió Mario (año 87) el llamamiento de Cinna para que regresara á Italia. Entonces consiguió hacerse con algunos buques y reunir unos 1,000 hombres armados, en su mayor parte fugitivos itálicos con sus esclavos y cierto número de jinetes nómadas: acampó luego en el puerto etrusco de Telamon, se unió con esclavos emancipados, con nuevos ciudadanos itálicos y con gente que había huido de Italia durante la guerra itálica y los últimos desórdenes de Roma, y llegó con 6,000 hombres, y dotado por Cinna de poderes proconsulares, hasta la desembocadura del Tiber. Pronto aumentó su ejército hasta formar tres legiones, que tomaron á Ostia y la saquearon, haciendo lo propio con otras muchas ciudades de la costa latina. En todas partes eran acuchillados gran número de enemigos de la democracia. El Senado, de tal suerte amenazado por Mario y Cinna, invocó el auxilio de Pompeyo Strabon y de su ejército, que se encontraba en el Piceno, á pesar de que no dejaba de ser muy sospechosa la conducta de este hombre en extremo egoísta. Strabon acudió, en efecto, y estableció su campamento en la puerta Colina, pero la indiferencia con que miró como el enemigo circundaba á Roma, despertó nuevamente la desconfianza. Cinna, á cuyo lado se encontraba el fogoso ex-tribuno de la plebe Cneo Papirio Carbon, tomó posicion delante del Janículo; y junto al baluarte de Servio Tulio se estableció el sabino Quinto Sertorio de Nursia, hombre que se había acreditado de buen militar operando durante la guerra cimbría al lado de Cepion en los principales hechos de armas, que era uno de los mas nobles caracteres del partido democrático, y á quien la oposicion de Sila (88), cuando se presentó candidato al tribunado, arrojó en brazos de Cinna. Strabon, cuando la cosa tomó un caracter grave, luchó ciertamente contra Sertorio y, unido con el cónsul Octavio, defendió con gran energía el Janículo de los ataques de Mario; pero el Senado deseaba algo mas que contar con el favor de este hombre á quien se atribuía un interés político personal. Decidióse por último conceder á los nuevos ciudadanos el derecho de sufragio en todas las tribus y dar el de-

recho de ciudadanía á todas las municipalidades itálicas que, conforme á los tratados, hubiesen depuesto las armas y á las cuales no se hubiese otorgado aquel derecho convenido. Con esto se proporcionó el Senado un contingente de 10,000 hombres; en cambio, fué imposible sacar del Samnio el ejército de Metelo Pio, pues los samnitas y lucanios, que todavía combatian, no se daban por satisfechos con el cumplimiento de las concesiones políticas que se les habían hecho, é imponian á los romanos condiciones militares en alto grado vergonzosas para estos. Por esta parte la guerra itálica no había quedado terminada. Metelo no pudo dirigirse mas que con una parte de sus tropas á la capital, y entonces Cinna y Mario, por medio del legado Fimbria, otorgaron á los samnitas aquellas humillantes concesiones, con el fin de atraer á su causa las fuerzas de las tribus del Samnio.

Poco á poco los caudillos democráticos iban madurando su plan de obligar á Roma á rendirseles, cortando para ello las comunicaciones con el exterior. La ciudad y sus alrededores comenzaban á sentir los efectos de la carestía de víveres, motivada por el mantenimiento de tan considerables fuerzas: los habitantes estaban intranquillos y su fuerza de resistencia se iba debilitando, contribuyendo además á ello poderosamente la peste que se desarrolló en tan alarmantes proporciones, que de las tropas de Octavio perecieron 6,000 hombres y 11,000 de las de Strabon. Muerto este último general, muerte que fué un alivio para los optimates, condujo Octavio las masas del ejército del gobierno á la montaña Albana, para aliviar un tanto la situacion de la ciudad y poner á las tropas en lugar sano. No por eso, sin embargo, pensó en trabar combate con Cinna. Cuando las pretensiones de los soldados, que pedían fuese Octavio sustituido por Metelo, fueron desoídas, comenzaron á desertar unos y á pasarse otros á las filas de Cinna y de Mario, por lo cual hubo de conducirse nuevamente el ejército á la ciudad. Cuando el inteligente Metelo se avistó con Cinna para llegar á una avenencia honrosa, exacerbóse la cólera de los elementos inquietos que en ambos bandos existían. Mario, que no quería renunciar á su venganza, censuró la debilidad de Cinna, mientras Metelo, acusado de traicion por Octavio, halló medios para huir al Africa y librarse de las consecuencias de la inevitable destruccion del poder del Senado.

Cuando los desórdenes y las desercciones aumentaron de un modo considerable en la capital, vióse el Senado obligado á entrar en negociaciones con Cinna, sin que, sin embargo, pudiera llegarse á un arreglo respecto del reconocimiento de éste como cónsul de derecho, cosa que al fin y al cabo tenía que acontecer. Cinna prometió, aunque sin prestar juramento, que no derramaria una gota de sangre; pero Mario no quiso privarse del placer de ver correr la de aquellos enemigos á quienes odiaba hacia tantos años. Aquel anciano, que se presentaba como un pobre proscrito, había esperado que llegara su tiempo, declarando con cruel sarcasmo que no penetraría en la ciudad hasta que se levantasen todas las prohibiciones que sobre él pesaban; mas apenas las tribus hubieron consentido en ello, penetró con sus tropas en la capital, comenzando aquellos dias que mancharon para siempre el nombre del anciano general. Las puertas de Roma fueron cerradas para evitar la fuga de los enemigos, y despues se esparcieron por toda la ciudad las masas de bárbaros soldados, esclavos, desertores y caudillos sedientos de sangre, como el cruel Cayo Flavio Fimbria, y el héroe Mario especialmente, al frente de sus sanguinarias tropas. El número de víctimas de última categoría que fueron sacrificadas por la sed de sangre y de oro de aquellos soldados, esclavos y bandidos, es incalculable, conociéndose tan solo en toda

su importancia política los asesinatos y confiscaciones que Mario y Cinna decretaron en las personas y bienes de un gran número de ricos optimates. La matanza no cesó un momento durante cinco dias y cinco noches; algunos que pudieron escaparse ó que fueron por el momento olvidados, perecieron despues, prolongándose por espacio de varios meses esta caza horrible por toda Italia. Solo en contados casos dió Mario á sus asesinatos las formas legales. Entre los romanos célebres que en aquella ocasion fueron asesinados, se contaron los cónsules Octavio y Mérula, los consulares Cátulo, colega de Mario en Vercelles, y Lucio César, el gran orador y abogado Marco Antonio y el célebre general Publio Craso. Mario refinó su crueldad para con los muertos hasta el punto de profanar sus cadáveres, los cuales debían quedar insepultos, como aconteció cuando la matanza de los Gracos, siendo colocadas sus cabezas, á ejemplo de lo hecho por Sila en otra ocasion, en la tribuna del Foro. En vano intentaron el noble Sertorio y el mismo Cinna poner fin á tamaños horrores; el período de terror no terminó hasta que Mario, nombrado por séptima vez cónsul, en el año 86, se vió atacado, poco despues de haber tomado posesion de su cargo, de una fuerte calentura, que para bien de los romanos le llevó al sepulcro en 13 de enero del propio año. Con esto habían terminado las semanas del terror, pues Sertorio, en connivencia con Cinna, que entonces ejercía las funciones de cónsul, mandó asesinar por tropas de su confianza á 4,000 soldados de Mario. Inauguróse entonces un período de tranquilidad que duró por espacio de muchos años; pero mientras la democracia, señora entonces de la Italia, se cuidaba de asegurar su soberanía al Oeste del Adriático no pudo conseguir la sumision de Sila ni ver triunfante el honor romano contra Mitridates.

#### IX.—BATALLA DE QUERONEA

Sila, cuyo campamento en el Atica fué el refugio de su familia, de sus amigos y de sus partidarios, tuvo pronto noticia de que los comicios le habían desposeído de su mando y de que L. Valerio Flaco, elegido cónsul en sustitucion de Mario, y el legado Fimbria debían dirigirse con un fuerte ejército contra él, á quien se consideraba como enemigo de la patria. Tal era la situacion en que se encontraban los optimates despues de haber tomado á Atenas. Además, mientras las tropas pónticas conquistaban en Macedonia á Anfípolis y enviaban desde allí numerosas fuerzas contra los romanos, Arquelao seguía defendiéndose tenazmente en el Pireo. Entonces se ofreció á los romanos una ocasion para librar una batalla decisiva. Su extraordinaria energía obligó á Arquelao á abandonar la parte principal del Pireo y á limitarse á la posesion del castillo de Munichia. Entre tanto, muerto el príncipe póntico Ariarates, el ejército asiático, compuesto de 100,000 infantes y 10,000 jinetes, y conducido por Taxiles, avanzó por la Tesalia, siguiendo de cerca á Hortensio, y se dirigió á las Termópilas. Como Mitridates quería que la lucha se decidiera rápidamente, Arquelao hubo de abandonar la fortaleza de Munichia y dirigirse por mar á Calcis para reunirse en Beocia ó en Focea con Taxiles. Sila se apresuró á hacer para lo sucesivo insostenible el Pireo, mandando derribar sin consideracion alguna los baluartes y pegar fuego á la ciudad y al importante arsenal del Filon. Dirigióse luego hácia el Norte, temiendo ser derrotado en el Atica cuyos recursos habían sido agotados, y llegó á tiempo de reunirse con los 6,000 romanos de Hortensio. Los caudillos asiáticos, á pesar del prudente consejo de Arquelao que creía conveniente detener la marcha de los romanos y evitar una batalla, opinaron por un combate decisivo; y cuando

su ejército, compuesto según unos de 120,000 hombres y según otros de 60,000, se encontró en marzo del año 86 en Queronea, delante de las tropas romanas, cuyo número apenas alcanzaba a la tercera parte de aquel, reforzadas por algunos contingentes griegos y macedónicos, estas, gracias a su audacia y a la excelente dirección táctica de Sila, lograron derrotar por completo a los asiáticos, obligando a los que sobrevivieron a emprender desordenada fuga hacia Calcis.

Esto no obstante, la situación de los romanos en Grecia era sumamente difícil. Ciertamente Sila pudo indemnizar a los templos griegos de los empréstitos forzosos que le habían hecho, cediéndoles la mitad del territorio de Tebas, la cual, desde entonces hasta la época de los Comnenos, sufrió las consecuencias de todas las desgracias que sobre Grecia cayeron mucho más que Atenas, pues en favor de esta intercedieron siempre su antigua fama, sus grandes héroes, y sus preciosos monumentos. Pero bajo el punto de vista militar Sila tuvo la desgracia de no poder impedir los movimientos de la escuadra pónica que, conducida por Arquelao, hostilizaba continuamente las costas griegas desde Calcis hasta Zacinto. El peligro que desde Italia le amenazaba había desaparecido en gran parte; esto no obstante, poco después de la batalla de Queronea, el general demócrata Valerio Flaco se presentó con dos legiones en Tesalia, procedente del Epiro. Cuando, sin embargo, se dirigió Sila a su encuentro, y los dos ejércitos romanos se avistaron en la comarca de Melitea, al Este del Othrys, hubo de reconocer Flaco que la escasez de sus fuerzas no le permitía desposeer del mando a Sila, tanto más, cuanto que sus propios soldados desertaban en masa al campo del vencedor de Queronea. En vista de esto el cónsul retrocedió hacia el Norte: Sila no le persiguió, dejando que las tropas democráticas operaran en Macedonia contra los pónicos; él mismo, comprendiendo que no se encontraba en condiciones para librar una batalla decisiva, permaneció durante el invierno de 86 a 85 en Atenas, en donde se preparó y organizó sus tropas, y decretó la muerte y otros castigos contra los jefes de la sublevación. Sin embargo, la situación política de la pequeña república, entonces completamente sometida, respecto de Roma no sufrió modificación alguna; antes al contrario, la aparición del humanitario e inteligente caballero romano panhelénico, Tito Pomponio, joven de inmensa riqueza, que disgustado del estado de cosas creado en Roma, se estableció en Atenas hasta el año 65, y trabó amistad con Sila, suavizó un tanto la crítica situación en que se encontraban los infelices atenienses por efecto de las calamidades sufridas durante los dos últimos años.

X.—DESCONTENTO EN ASIA CONTRA EL REY MITRÍDATES. BATALLA DE ORCOMENE

El mismo rey Mitridates dió ocasión a Sila a que saliese de una situación militar bien poco agradable por cierto: el rey pónico no se encontraba, por su parte, en mejores condiciones. La guerra de Europa, tan cara de hombres como de dinero, que ofrecía a sus generales dificultades no conocidas en las luchas sostenidas en las comarcas septentrionales del Ponto y en el Asia Menor, obligó a Mitridates a hacer toda clase de esfuerzos. Poco a poco los asiáticos, a quienes la victoria por aquel conseguida sobre los romanos, había libertado de la dominación de Roma, comenzaron a sentir que su administración era mucho más pesada que la de aquellos: las promesas que se les habían hecho no se habían cumplido; los procedimientos del rey eran más crueles y más brutales que los de los pretores, y su codicia en nada cedía a la de los publicanos. Cuando la caída de Atenas y la

derrota de Queronea produjeron en el Asia Menor sospechosos y funesto descontento, Mitridates se entregó en todas partes a crueldades sin cuento; así fué que el Asia Menor fué de nuevo teatro de horrores, que aumentaban incesantemente, pues los excesos de Mitridates ocasionaban generales levantamientos que el rey procuraba sofocar con nuevos actos terroríficos. En su desconfianza contra los gálatas, mandó asesinar en un solo día a todos sus caudillos y a las familias de estos: tres de ellos lograron salvarse y excitaron al pueblo a una sublevación que no pudo dominar el déspota. Los chiotas, cuya fidelidad le era sospechosa, hubieron de entregar las armas y 2,000 talentos, siendo luego deportados en masa a la Cólquide, mientras el administrador del rey, Diodoro, mandaba dar muerte a todos los individuos del Consejo de Adrammitioo. Los horrores de Chio inflamaron la energía de los helenos: la ciudad de Efeso asesinó a Zenobio, que en nombre del rey, tanto había maltratado la isla de Chio, y abrazó la causa de los romanos, ejemplo que siguieron las principales ciudades como Smirna, Colofonte, Tralles, Sardes, Hipepa, Metrópolis y otras. El rey procuró menguar la gravedad de este movimiento dando libertad a los esclavos, destruyendo el registro de las deudas en bien de los deudores, distribuyendo tierras a los proletarios, dando independencia a las pequeñas ciudades que vivían sujetas a otras, y apelando a otros medios por este estilo. El desorden que esto produjo fué grande, pasando más de 15,000 esclavos emancipados a reforzar los ejércitos del rey.

A pesar de todo, habiéndose conseguido poco a poco formar un nuevo ejército, y en la primavera del año 85 pudo el general Dorilao conducir a Calcis 80,000 hombres, desde donde debía Arquelao penetrar en la Beocia. Al llegar a la cuenca del Copai y del Cefiso, en las cercanías de Orcomene, encontráronse con los romanos, trabándose una batalla que tardó mucho en decidirse merced a la excelencia de la caballería asiática, y costándole a Sila inauditos esfuerzos quedar dueño del campo. A la mañana siguiente, los romanos atacaron el campamento de los asiáticos, lo asaltaron y su victoria fué tan completa, que la mayor parte del ejército enemigo quedó muerto en el campo de batalla, ó fué arrojado a los pantanos del Copai, ó hecho prisionero. Solo Arquelao, seguido de muy pocos, pudo salvarse huyendo a Calcis. Entonces pudo Sila arrojar del continente griego todas las guarniciones que en él tenía el enemigo y hacer huir a los asiáticos de Macedonia, los cuales abandonaron voluntariamente a Abdera, defendiéndose solo en Filipos, plaza que al fin cayó también en poder de los romanos.

Sila estableció sus cuarteles de invierno (85 a 84) en Tesalia y aprestó en los puertos de esta comarca una escuadra, con la cual quería a la primavera siguiente dirigirse al Asia. En el entre tanto, otros generales romanos habían puesto en grave aprieto al rey pónico en el teatro de la guerra asiática. Uno de ellos, Fimbria, general demócrata, legado de Valerio Flaco, conocido hasta entonces en Roma como rudo demagogo y hombre sanguinario, a la par que como inteligente y enérgico militar, había organizado una sublevación contra su superior, que a fines del año 86 había llegado a Calcedonia, después de haber atravesado el Bósforo. Flaco fué despojado del mando por sus soldados, y asesinado después en Nicomedia, siendo sustituido por Fimbria, el cual permitió a sus tropas excesos como el saqueo de la ciudad aliada de Cizico, combatiendo en cambio, durante el año 85, con extraordinaria energía contra los asiáticos. Por otro lado, las primeras victorias de Sila en Grecia permitieron a Lúculo formar en 86, en las ciudades marítimas de Siria, Chipre y Panfilia, una escuadra, aumentada con refuer-

zos de Rodas, con la cual pudo conquistar poco a poco Gnido, Colofonte y Chio. Durante el año 85 consiguió Fimbria en Miletópolis, junto al Rindacos, una importante victoria sobre un hijo del rey, victoria que le abrió el camino hacia Pérgamo y poco después las puertas de esta ciudad. Solo la negativa de Lúculo de auxiliar con su escuadra al odiado Fimbria, pudo hacer que Mitridates, que fugitivo de Pérgamo se había refugiado en el cercano puerto de Pitane, pudiese huir hacia Mitilene. Lúculo, en cambio, salió vencedor en dos combates navales, apoderóse del cabo Lecton y de la isla de Tenedos, desde donde se dominaba el Helesponto, y se reunió después con los nuevos buques tesalios de su general.

XI.—SILA FIRMA LA PAZ CON MITRÍDATES Y RESTABLECE LA SOBERANÍA ROMANA EN ASIA

En tales circunstancias, Mitridates, cuyos recursos estaban agotados, se sintió inclinado a negociar la paz: conocedor de las cosas, personas y partidos romanos, esperó llegar con Sila a un arreglo más seguro y más favorable, pues este general tenía mayor importancia, y por su enemistad con el gobierno democrático que entonces existía en Roma parecía dispuesto a aliarse con el rey pónico. Este envió, durante el invierno de 85 a 84, a Delion (Beocia) a Arquelao con la misión de proponer al romano que si le cedía el Asia él le apoyaría para ir contra los demócratas de Roma; pero Sila, a pesar de su conducta posterior, era demasiado patriota para aceptar un tratado tan vergonzoso; así es que exigió del rey que abandonase todas las plazas y comarcas conquistadas en Europa y en el Asia Menor, como Bitinia, Galacia, Capadocia y Paflagonia, entregase todos los prisioneros y desertores, cediese 80 buques de guerra, pagase 3,000 talentos en concepto de gastos de guerra y rehabilitase a los chiotas. Arquelao, dispuesto a aceptar estas condiciones, firmó un armisticio y evacuó las plazas ocupadas en Europa. Mitridates, sin embargo, no quiso admitir la paz en esta forma, pidió a Sila que renunciara por lo menos a la entrega de la Paflagonia y de los buques, manifestando que Fimbria, con el cual estaba también en negociaciones, estaba pronto a ponerle condiciones más llevaderas. Sila indignado rompió las negociaciones y se puso en marcha (84), dirigiéndose por la Tracia hacia el Helesponto para acabar de una vez con Fimbria y con Mitridates. Entonces Arquelao aceptó definitivamente aquellos preliminares, lo cual le valió incurrir en la desgracia de su rey y le obligó a huir a Roma. Sila recibió en Cipsela, junto al Hebro, la noticia de la aceptación de esta paz, que él debía concluir personalmente, hecho lo cual podría dirigir sus ataques contra Fimbria. Así fué que el ejército romano cruzó el Helesponto y, en Dardanos, se encontró el temido general optimato con Mitridates, ratificándose entonces por ambas partes el tratado de paz, ratificación que no se hizo por escrito sino de palabra, lo cual trajo más adelante algunos disturbios.

Entonces se dirigió Sila contra Fimbria, pues ni podía dejar que este cuerpo democrático permaneciese en Grecia mientras él regresaba a Roma, ni permitir que quedara sin castigo aquel caudillo sanguinario, que se había entregado por completo al saqueo y a la matanza. En efecto, la ciudad de Ilion, pretendida patria primitiva de los romanos, había sido cruelmente maltratada por Fimbria por haber entrado en negociaciones con Sila, siendo asesinado después de horrores martirios todo su Consejo municipal, incendiados sus templos con los que en ellos se habían refugiado, y devastada toda la ciudad. Cuando Sila se encontró en Tiatira con el ejército de Fimbria, y los soldados de este (a quien salió

mal una tentativa para asesinar a su adversario) esquivaron la lucha ó desertaron, no le quedó a Fimbria más recurso que darse muerte con su propia espada, mientras sus tropas se ponían bajo el mando de Sila.

Organizada nuevamente la Macedonia, repuestos en sus tronos los reyes de Capadocia y de Bitinia, era preciso introducir el régimen romano en la provincia romana del Asia. El régimen que Sila y Lucio Licinio Murena, que al regresar aquel a Roma quedó como gobernador, establecieron entonces en el Asia, tuvo por dos conceptos decisiva importancia en dicha provincia. Por un lado, dió el vencedor a esta comarca su nueva organización, que completaron todos los posteriores gobernantes romanos: para los efectos de la percepción de contribuciones dividió el país en 44 distritos con una capital en cada uno, en la cual se conservaban los archivos, los documentos de lindes de fincas, los títulos de propiedad, y las actas de hipotecas. Muchos de estos distritos fueron agregados a un *convento* ó distrito judicial cada uno. La forma exterior de la provincia fué también modificada. La provincia de Cilicia, perdida después de la victoria de Mitridates y con la cual se habían acrecido desde el año 103 la Panfilia, Milias, Pisidia y la Gran Frigia (Sinnada y Apamea) arrebatada nuevamente a la corona pónica, fué reorganizada en igual forma. Por aquel tiempo, según parece, la comarca de Cibra (al Este de Caria) y la mayor parte de la Frigia fueron anexionadas al Asia, con cuya provincia aparecen unidas (a excepción del período que medió entre el año 56 y el 50), mientras las regiones orientales se agregaron después a la Galacia.

La conducta observada por Sila en el Asia cambió desgraciadamente, a consecuencia sin duda de la influencia que en él ejerció el período de terror que apenas acababa de trascurrir. Al presentarse como juez de los helenos orientales y de los asiáticos, solo en escasos puntos pudo repartir gracias y recompensas: las ciudades que habían luchado en favor de Roma ó que habían sufrido por su alianza con ella, fueron indemnizadas con declaraciones ó confirmaciones de libertad, condonaciones de impuestos, ó cesiones de nuevos territorios. Ilion, Chio, Magnesia, los licios y especialmente la heroica Rodas, cuya tierra firme aumentó con la anexión de Caunos y de otros distritos carios, fueron de esta suerte recompensadas. En cambio, se impusieron terribles castigos a las que se habían entregado a actos de violencia respecto de los romanos ó de los itálicos, comenzando entonces la ruina de aquellos ricos territorios, que duró por espacio de tantos años.

La anulación de las disposiciones socialistas revolucionarias que Mitridates había dictado en favor de los esclavos y proletarios, fué causa de muchas violencias, aumentándose como consecuencia de un modo considerable el número de vagabundos de toda clase que ya recorrían el país, como los soldados licenciados de Mitridates y los bandidos de Fimbria, que no se avenían con la disciplina de Sila, y que se agregaron a las pandillas de ladrones y corsarios. En aquellos tiempos fueron saqueados pueblos y templos, como Samos, Clazomene y Samotracia, sin que el general pudiese llevarles auxilio alguno. El número de bandoleros se acrecentó también con otras disposiciones dadas por Sila. Ciertamente no se derramó mucha sangre, pues en Efeso y otros puntos solo fueron ejecutados los más culpables de entre los asesinos de los romanos, pero en cambio se hicieron pesar duras contribuciones a esta provincia que tanto había ya explotado Mitridates. Dada una guerra como la que acababa de trascurrir, se comprende que los ciudadanos hubiesen de cuidar y pagar a los soldados romanos y hacer efectivas las contribuciones y diezmos no percibidos por Roma durante los últimos cinco años, de-